

En una reciente caricatura mostraban que una persona que caminaba a un centro de tratamiento para la adicción. En un cartel al lado del escritorio de la recepcionista se anunciaba un directorio de servicios: 1<sup>a</sup> planta: *Facebook*, 2do piso: *Twitter*, 3er piso: *Instagram*, y en la azotea: *Mandando Textos (texting)* mientras se camina.

La nuestra es una cultura llena de palabras. Una palabra, específicamente LA PALABRA, está en el centro de la liturgia de este fin de semana. En la primera lectura del profeta Ezequiel que es el final del famoso ‘pasaje de la llanura’ que está llena de huesos bien secos. Dios le dijo al profeta Ezequiel que pronunciara la palabra divina sobre los huesos. *"Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos ... les infundiré a ustedes mi espíritu y vivirán"*. Con estas palabras los huesos se levantarán, se revestirán de carne y caminarán, esta es una visión de Dios que más tarde la cumplirá cuando él restablezca al pueblo de Israel a su tierra natal de la cual han sido exiliados.

La Palabra y el Espíritu son una realidad. El aliento, el espíritu, es la fuerza vital que anima a todo ser viviente. Las palabras son los medios por los cuales los seres humanos dan forma y contenido al aliento/espíritu para permitir la comunicación los unos a los otros. Aparte de comunicar la información básica, las ‘palabras’ tienen el poder, el ‘espíritu’, de tratar heridas, y muerte o dar y restaurar la vida.

Al principio del Libro del Génesis se nos dice que mientras todo estaba oscuro y vacío, el aliento/espíritu de Dios aleteaba sobre el abismo. Entonces el autor de Génesis continúa describiendo a Dios, dando forma de aliento al Espíritu, *"Dijo Dios ... y vio Dios que todo esto era bueno"*. Por la divina Palabra, la vida, la naturaleza, los animales y finalmente los seres humanos fueron creados. La Palabra encarnada por el Espíritu de Dios (conocida como “Logos” en griego, y igualmente Dios) es el Hijo de Dios en quien y a través de quien Dios habla la Palabra divina. En el plan de Dios el eterno *Logo*/Palabra fue unido a nuestra humanidad en la persona de Jesús. Jesús es la Palabra/Espíritu encarnada de Dios, y así como la Palabra hablada en la creación, la Palabra de Jesús trae vida. Es en esta revelación del Espíritu/Palabra encarnada de Dios en Jesús que ponderamos, en el Evangelio de hoy, sobre la historia familiar de la resurrección de Lázaro de la tumba, cuatro días después de su muerte física.

La escena de Jesús cuando llegó a la casa del difunto Lázaro y de sus afligidas hermanas Marta y María, esta es una escena llena de emociones; emociones en que cualquiera de

nosotros que ha sufrido la muerte de un ser querido lo sabría muy bien. Vemos a Jesús en su humanidad cuando daba su expresión de profunda pena. Cuando Jesús se para frente a la tumba sellada, él llora. Esta escena debiera confortarnos a todos nosotros en nuestros momentos de pena también. Jesús no está muy lejos de nosotros. Jesús conoce la tristeza, el dolor, la angustia y la confusión de la profunda pena que engendra la muerte.

El foco de esta historia, sin embargo, es el diálogo entre Jesús y las afligidas hermanas Marta y María. Se centra alrededor de la invitación de Jesús a ellas, aún en la faz de la pérdida de su hermano, para poner fe en la Palabra de él. La fe en la Palabra de Jesús, en última instancia es sobre una relación con él. En la Biblia, la Palabra de una persona es más que un vehículo de comunicar información. La Palabra de una persona encarna su propia persona: ¡una persona es su Palabra!

**"Yo (Jesús) soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre".**

La pregunta crucial para Martha y María es: **¿CREEN USTEDES EN ESTO?** ¿Me toman a mí, Jesús, por mi Palabra? Ya conocemos la respuesta de Marta y María. Profesando su fe, Marta y María se transforman a si mismas en la Palabra de Jesús, así como la Palabra encarnada/Espíritu divino de Jesús perfora el silencio de la muerte y la oscuridad de la tumba, al restaurar la vida a su hermano muerto.

San Pablo en la segunda Lectura nos recuerda que en el bautismo recibimos el mismo Espíritu/aliento/Palabra que llenó la vida de Jesús, y que finalmente fue resucitado de entre los muertos. Esta Palabra divina nos da consuelo ahora y es nuestra esperanza para nuestra vida después de la muerte. **¿Creemos en esto?** Al mismo tiempo, esta Palabra/aliento/Espíritu de Dios es nuestro llamado a ser misionarios. Poseyendo esta Palabra, estamos llamados a dar vida a aquellos entre nosotros cuyas vidas están marcadas por la muerte de—sueños, esperanzas, y planes perdidos; de matrimonios fracasados; de bancarrota personal; del desempleo o subempleo; de relaciones rotas con los hijos adultos o con antiguos amigos. Las Palabras de Jesús pronunciadas por nosotros también pueden ser Espíritu/aliento que perforan la oscuridad de la muerte, y traer vida. Considere el poder divino en nuestras *palabras* la próxima vez que queremos enviar ‘palabras’ a amigos en *Twitter*, *Instagram*, o enviamos a alguien un texto en *Texting*.

Padre Jim Secora